

EL ENTRENAMIENTO DIARIO.

Le chemin de la Réussite.

Jules Dehantschutter. Waterloo. Bélgica.

Traducido de la edición portuguesa de "Mundo Columbófilo" por José Pereiro Francés.

Las palomas que viajan, que participan en concursos, tienen necesidad de ejercicio y entrenamiento diario. Es necesario, indispensable, sobretodo en las palomas que van a volar grandes distancias.

Los atletas se entrenan para aprender técnica y metodología. Se esfuerzan para perfeccionar su comportamiento en las pruebas y para eliminar los defectos. Pero el objetivo principal del entrenamiento continúa siendo la preparación de sus músculos con el fin de hacerlos capaces de un esfuerzo mas intenso, mas prolongado y mas exigente.

Los entrenamientos diarios sirven para preparar los músculos de las palomas y lograr que vuelen más deprisa y durante más tiempo.

Las palomas de velocidad quizás puedan evitar estos ejercicios. Las hembras del gran campeón de velocidad Auguste Parys, de La Hulpe, permanecen cerradas toda la semana y dejan el palomar para ser encestadas, lo que no les impide ganar buenos premios y batir a los mejores viudos contra los que tienen que luchar. La alimentación, en este caso, tiene una importancia primordial. Las palomas alimentadas copiosamente ganan rápidamente peso si la grasa no se elimina por el ejercicio diario, y se quedan rápidamente distanciadas del pelotón de cabeza.

Pero una vez que la paloma aborda las grandes distancias, el vuelo se vuelve indispensable. Los ejercicios diarios la entrenan y la enseñan a volar maquinalemente, mecánicamente.

El primer vuelo del día se hace por la mañana. El momento puede variar, no hay una regla fija. Es una cuestión de organización. ¿A las seis, a las siete, a las ocho? Importa poco. Algunos aficionados los hacen volar todavía más temprano. Viven lejos de su trabajo y dejan su domicilio muy temprano. Lo que los obliga a cuidar de sus palomas al nacer el día. La hora constituye un problema secundario. Lo más importante consiste en no variar esa hora de un día para otro, o, al menos, hacerlo lo menos posible. Una vez escogido el momento, no conviene cambiar la hora establecida. No olvidemos que al regreso del ejercicio, las palomas reciben su ración. Y las dos comidas deben ser recibidas a horas fijas. Es preciso ser muy meticuloso, muy riguroso en este punto. Ninguna negligencia. Lo lamentaríamos. Sobre todo si se juega en velocidad.

El vuelo de la tarde se hace, habitualmente a las 17 o incluso a las 19 horas. Algunos aficionados lo hacen incluso mas tarde. Sus palomas habían cogido el hábito de irse por los campos a picotear y sus dueños quieren evitarlo así. La

hora de este segundo vuelo tampoco debe de variar. Al regreso del ejercicio las palomas reciben su ración, ya sea en el comedero común o en su nidal.

En caso de usar comedero colectivo, puede ocurrir que los tardones no encuentren nada para comer. Los otros, mas listos, se habrán comido todo. No conviene darles suplemento. No haríamos más que reforzar ese mal hábito. Cuando algunas palomas tardan en regresar al palomar a la llamada del entrenador, no deben recibir nada, ni un solo grano. Que esperen por la siguiente comida. Tanto peor para ellos. Es una falta que no olvidarán en el siguiente entrenamiento.

Las palomas que sean alimentadas en su nidal saben que encontrarán comida al entrar. Es un reflejo condicionado que se va creando de forma progresiva. A nuestra llamada, las palomas deben entrar. Ninguna disculpa para uno u otro. No deben pararse en el tejado. Sería un hábito nefasto con consecuencias desastrosas a la hora de la llegada de los concursos. El único medio de corregir este mal hábito es suprimir la alimentación si no entran a la señal habitual. Y cuando esas palomas hayan sufrido en sus carnes dos o tres veces esa situación, se darán prisa a entrar a la primera llamada. Dejarán de pararse en el tejado y de ir de uno para otro. Es por medio del hambre y de la dulzura que podremos dominar a los animales y, en particular, a las palomas. No lo olvidemos.

Y los vuelos, ¿deben ser forzados? ¿Será necesario obligarlos a mantenerse en el aire una hora, media hora? ¿Debemos impedirles que se posen en el tejado en cuanto estén fuera del palomar? Preguntas distintas pero similares. Durante mucho tiempo estuvieron en cuestión. Algunos les atribuyeron una importancia exagerada. Bastantes lectores se acordarán, y todavía verán, viudistas agitando una o varias banderas, haciendo estallar petardos o incluso haciendo disparos de foguero. Parece un campo de ferias o una barraca de tiro al blanco. O las vísperas de una boda. Sería una tremenda locura, sobre todo si coincidiesen varios aficionados con las mismas prácticas en el mismo barrio. Estos colombófilos no admiten que sus palomas vengán a posarse en el tejado, ni en la entrada, pues piensan que luego harían lo mismo en los concursos, y perderían preciosos minutos. Deciden que sus palomas tienen que volar y que deben someterse a su voluntad. Estos colombófilos se olvidan que dirigen un equipo hecho por individualidades bien diferentes. Que cada paloma tiene su carácter, sus hábitos, un físico y un psiquismo personal. Obligándolos a actuar a todos por un igual hasta podemos incomodarlos y su moral puede quedar resquebrajada, con lo que la forma difícilmente aflorará. Nos recuerda esto a algunos maestros de escuela de 1900, que solo tenían en cuenta el programa. Era el único objetivo. ¿Los niños? Se preocupaban más bien poco. Para esos maestros eran todos iguales, debían actuar todos de la misma forma a pesar de la diversidad de sus personalidades. Actualmente el maestro debe tener en cuenta, ante todo, al niño. Sus aptitudes, su carácter, sus posibilidades, etc. Como con los niños, cada paloma es una individualidad que actuará diferente ante los diferentes estímulos.

El aficionado que juega viudos y quiera someter a todas sus palomas, a todas sus individualidades a un mismo régimen, a un mismo ritmo de trabajo y

ejercicio, elimina automáticamente a una serie de palomas, les impide que realicen las proezas para las que están preparadas y constituidas.

Desde hace algunos años, los colombófilos tienen la tendencia a simplificar la práctica de la viudez. Suprimen todo aquello que no sea absolutamente necesario. Se esfuerzan para reducir al mínimo el trabajo dentro del palomar. Es por eso que casi todos los grandes campeones fueron utilizando los vuelos libres sin apercibirse que así favorecen el afloramiento de ciertas individualidades en lugar de eliminarlas de entrada, de hurtarles todas sus posibilidades de éxito.

El vuelo forzado obliga al colombófilo a vigilar a sus palomas. Es preciso estar de guardia para impedirles que se posen en el tejado o en la entrada. Al contrario, el vuelo libre facilita el trabajo dentro del palomar. Podemos limpiar el palomar de pichones o el de cría, mientras los viudos vuelan en el exterior. Podemos renovar el agua, preparar la mixtura, limpiar bebederos, etc.

Nosotros siempre practicamos el vuelo libre. Por la mañana, nos aseamos y nos vestimos mientras vuelan las palomas. Fácil y simple.

Cuando se examinan los diferentes métodos de los grandes campeones se observan formas de actuar y concepciones desiguales, pero también se constatan muchas similitudes y, particularmente, todos practican el vuelo libre. No quieren vuelos con bandera. Todos ellos tienen una tendencia a la simplicidad, a lo sencillo.

En general, la paloma con salud y en forma quiere volar. Se siente feliz en el aire. Tiene un excedente energético para gastar. Verdaderamente, las palomas brincan en el espacio, tal y como saltan los niños, y exteriorizan su vitalidad. No debemos subyugarlas. Al salir del palomar, la paloma en forma se eleva en el aire. Todo el equipo parte a veces en una dirección para volver a los 10, 20 minutos o media hora más tarde. En ese momento, muchas veces, las palomas se posan en el tejado. El colombófilo observador y que tiene tiempo para verlas volar, puede, en ese momento, notar indicadores preciosos sobre el estado de salud de sus favoritos. Existen algunas palomas que demuestran, que indican, que están en gran forma. Tienen un comportamiento especial. Este se va para un determinado sitio del tejado y no permite que ningún otro se le acerque. Aquel volará sin interrupción. Otro no saldrá de la entrada del buzón. Y así podríamos continuar...

No, queridos lectores. No nos creamos que el vuelo forzado es indispensable. Éste es un método del pasado. No tiene ya lugar en nuestro palomar. No compliquemos nuestro método inútilmente. Dos palabras nos guiarán en la conducción de nuestra colonia: simplicidad y sencillez. La colombofilia debe ser y debe practicarse como una distracción. No debe degenerar en la extenuación.